

## ***Notas y comentarios***

### **Coloquio sobre población y desarrollo\***

#### **Presentación**

El Centro Tepoztlán, A.C., que tiene entre sus funciones llevar a cabo seminarios sobre diversos temas económicos, sociales y culturales que promuevan la reflexión sobre los problemas que afectarán en el futuro a la sociedad mexicana, organizó el 31 de octubre del año pasado un coloquio sobre población y desarrollo, en el que participaron profesionales de diferentes disciplinas de las ciencias sociales involucrados en instituciones académicas, de gobierno o privadas.

El objetivo de la reunión fue retomar el tema población y desarrollo con el fin de reflexionar sobre los elementos que conforman las relaciones entre lo poblacional y lo económico-social, que en México y en general en América Latina están siendo motivo desde hace varios años de una nueva discusión. Las conclusiones a las que se había llegado tradicionalmente sobre la interacción entre población y desarrollo se han puesto cada vez más en duda. Algunos estudios sobre América Latina y otras regiones del mundo apuntan en este sentido, en especial en la situación económica de este decenio, que ha determinado importantes cambios demográficos.

Para orientar la discusión del seminario se solicitaron tres trabajos que dieran marco al tema. Estos trataron acerca de las perspectivas de la población mundial y por regiones; del cambio demográfico y los niveles de vida, y de las consecuencias sociales del futuro crecimiento demográfico. Asimismo, se hizo un resumen de conclusiones del coloquio que refleja las diversas ideas de los participantes.

Víctor L. Urquidi

\* Estudios Demográficos y Urbanos ha creído conveniente publicar estos documentos con la autorización del Centro Tepoztlán.

## Perspectivas de la población mundial y por regiones\*

**Gustavo Cabrera A.**

Es bien sabido por todos nosotros que el conocimiento de las tendencias demográficas y sus determinantes sigue siendo limitado. El impacto del crecimiento y la evolución de la población sobre el desarrollo económico aún no se comprende bien. Así, resulta difícil evaluar las consecuencias que el futuro crecimiento poblacional tendrá sobre el desarrollo económico y el progreso social. Algunos gobiernos de países en desarrollo todavía reciben con beneplácito el rápido crecimiento de la población. Muchos otros están preocupados por las presiones que este incremento produce sobre las demandas sociales y, en particular, no se encuentra la solución al problema del empleo, aunado al de la creciente urbanización. Por su parte, en los países desarrollados existe preocupación por las tendencias de envejecimiento y reducción de la población.

Además de la incertidumbre acerca de las consecuencias sociales y económicas de las tendencias poblacionales, también se desconoce, en general, el efecto real de las políticas que buscan modificar dichas tendencias.

Las proyecciones sobre el futuro comportamiento de la población son el resultado de supuestos; constituyen estimaciones basadas en situaciones actuales, y no predicen un futuro inevitable. La confiabilidad de las proyecciones depende de la información y del análisis de los componentes demográficos que dan lugar al crecimiento poblacional; hay que recordar que los datos de muchos países en desarrollo siguen siendo deficientes.

El conocimiento de las tendencias y diferenciales de la fecundidad ha mejorado notablemente en los últimos años debido, en parte, al esfuerzo que se hizo para llevar a cabo la Encuesta Mundial de Fecundidad. Pero otros componentes del crecimiento y las estructuras de la población están menos documentados. Las migraciones internas y externas generalmente sólo pueden ser estimadas a partir de cuantificaciones realizadas en forma esporádica. Las estimaciones de los niveles de mortalidad son extremadamente poco confiables en aquellos países cuyo nivel de mortalidad se mantiene muy alto.

En lo que va de este decenio, la situación económica mundial está le-

\* Este documento está basado en los siguientes estudios: Thomas Merrick, "World Population in Transition", en *Population Bulletin*, vol. 41, núm. 2, abril de 1986; Naciones Unidas, *The World Population Situation in 1983*, *Population Studies*, núm. 85, Nueva York, 1984, y Paul Demeny, *Population and the Invisible Hand*, *Working Papers*, núm. 123, Center for Policy Studies, The Population Council, Nueva York, 1986.

jos de ser satisfactoria. Tal parece que hay una pérdida de confianza en el futuro, tanto en los países desarrollados como en los que se encuentran en desarrollo. De aquí también surgen dudas acerca de la validez absoluta de ciertos postulados que, en su principal conclusión, se referían a que para mejorar los niveles de vida, los países en desarrollo deberían reducir su tasa de natalidad y, como consecuencia, sus ritmos de crecimiento poblacional.

A pesar de todas las incertidumbres, los gobiernos están llevando a cabo políticas demográficas en diversos sentidos. Una amplia variedad de políticas han sido aplicadas tanto en países desarrollados como en desarrollo para influir sobre el crecimiento y la distribución de la población; en Europa se han adoptado políticas para estimular la fecundidad; en países en desarrollo, para disminuirla. La legislación que restringe el aborto y el uso de anticonceptivos se ha reforzado en algunos países, mientras que en otros se ha eliminado.

Examinemos, en primer término y de forma resumida, las perspectivas a mediano plazo de la población mundial y por regiones, con diferentes características socioeconómicas y de sus componentes sociodemográficos fundamentales.

Según las estimaciones más recientes, la población mundial sumaba en 1980 4 500 millones y alcanzará un poco más de 6 mil millones en el año 2000, hasta llegar a un nivel estacionario de 10 500 millones alrededor del año 2110.

La población de los países en desarrollo, que en 1980 se estimaba en 3 300 millones, llegará a cerca de 5 mil millones en el año 2000 y será de sólo mil millones en los países desarrollados (una relación de cinco a uno habitantes en los dos contextos.)

En cuanto a las tendencias demográficas y la situación que en la actualidad tienen, se podría mencionar lo siguiente:

### Mortalidad

Hace varias décadas se creía que la ciencia había llegado a su límite de capacidad para prolongar la vida humana y que tanto en los países desarrollados como en aquéllos en desarrollo la esperanza de vida llegaría a estabilizarse de acuerdo a los niveles fijados por factores biológicos.

El optimismo respecto al descenso de la mortalidad fue muy grande, y a principios de 1960 se pronosticó que, en menos de 20 años, la esperanza de vida de la mayor parte de la población mundial superaría los 65 años de edad. Desafortunadamente, estas expectativas no se cumplieron; alrededor del año 1980 la esperanza de vida mundial se estimó en 57 años para ambos sexos, siendo de 72 años en los países desarrollados y de cerca de 55 años en los países en desarrollo (en la actualidad la esperanza de

vida en algunos países desarrollados pasa de los 78 años).

Sin embargo, hay que reconocer que en los últimos 30 años se ha acortado la diferencia en la esperanza de vida de países desarrollados y en desarrollo; en 1952 se tenía una diferencia de 24 años entre esos dos grupos y en el presente la diferencia ha disminuido a 17 años. Pero a nivel de países, se observa actualmente una mortalidad en extremo variable de cerca de 30 años en la esperanza de vida entre algunas naciones del sur del Sahara y ciertos países europeos.

Se estima que en el año 2000 habrá una esperanza de vida para todo el mundo de 65 años, siendo de 75 en los países desarrollados y de 63 en los que se encuentren en desarrollo; África será el continente con mayor nivel de mortalidad, con una esperanza de vida de sólo 57 años; América Latina podrá alcanzar en promedio los 70 años.

Que no se haya obtenido una disminución aún más rápida puede deberse, en parte, a la insuficiente comprensión de los determinantes de la mortalidad y de sus relaciones con factores sociales y económicos; el uso de los recursos financieros y humanos, escasos en todo momento, no ha sido un apoyo para los programas de salud pública, tanto en su ubicación territorial como en la dirección de los esfuerzos, especialmente en lo que se refiere a las áreas rurales.

Considerando la mortalidad diferencial de acuerdo a características socioeconómicas, puede mostrarse que la educación tiene la influencia más fuerte en los niveles de mortalidad en los países en desarrollo; en particular, la educación de la madre parece ser un factor clave en la determinación de los niveles de mortalidad infantil. Las características de la madre son un aspecto esencial en la determinación de la salud familiar; sin embargo, la información y el análisis no han sido suficientes para explicar con mayor certeza cómo la educación materna influye en los complejos factores que determinan el nivel de la mortalidad infantil.

A nivel nacional, la situación económica y el ingreso per cápita están altamente relacionados con la mortalidad. La persistencia de una alta mortalidad es uno de los signos más claros del fracaso del desarrollo social (o de lo limitado que ha sido su avance) en los países atrasados. La situación económica y social del decenio actual y su perspectiva inspira cierto pesimismo acerca de las tendencias futuras de la mortalidad y no puede ser excluida la posibilidad de que el mundo en desarrollo, con sus variantes, entre en un periodo de regresión en la mortalidad general y en especial en la infantil.

En otro sentido, es muy amplio el margen que tienen los países en desarrollo para abatir en el futuro sus niveles de mortalidad de forma significativa. Esto involucra por un lado, la perspectiva que juegan las condiciones socioeconómicas y culturales y, por otro, el equilibrio que puede dar la disminución de la fecundidad en la resultante final del probable crecimiento en los próximos decenios.

## Fecundidad

Entre 1950 y 1975, los países desarrollados llegaron al final de una larga etapa, iniciada más de 100 años atrás, que los llevó a obtener bajas tasas de fecundidad; en ese mismo periodo, muchos países en desarrollo iniciaron su propio proceso de disminución de la natalidad. En esos 25 años, los países desarrollados disminuyeron su tasa de natalidad de 22.7 a 15.8, y los países en desarrollo, en menos de ese lapso, de 45.4 a 33.5.

La tasa global de fecundidad para el mundo declinó durante esos 25 años de 5 a 3.9 hijos, correspondiendo a los países desarrollados una tasa de 2.8 a 2.0 y a los países en desarrollo una de 6.2 a 4.6. Se tiene más certeza sobre las tendencias de la fecundidad que sobre las de la mortalidad debido al gran número de encuestas que se han realizado en la mayor parte de los países del mundo sobre el primer tema; además, se ha probado que existe una fuerte correlación entre el mejoramiento de las estadísticas en fecundidad y el descenso de ésta.

No obstante, al igual que en la mortalidad, hay una gran diversidad en los niveles de fecundidad entre países; por ejemplo, en América Latina se encuentran tasas brutas de natalidad para el año de 1980 con diferencias hasta de tres veces, como es el caso de Cuba, con 14 nacimientos por cada mil habitantes, y Guatemala, con 42. Aun en Europa está el caso de la República Federal Alemana, con 10 nacimientos por cada mil habitantes, e Irlanda, con 22.

La tasa bruta de reproducción declinará a nivel mundial de 1.91 en la actualidad a 1.38 a fines de siglo; los países en desarrollo presentarán una disminución de 2.26 a 1.47, y los países más desarrollados una de cerca de 1. El mejoramiento en el acceso a los programas de planificación familiar, o una contracepción más efectiva, pueden ayudar a explicar el rápido decremento en la fecundidad en muchos países en desarrollo durante el decenio pasado, aunque no hay que olvidar que los grupos de población en que más ha disminuido la fecundidad tuvieron influencia de transformaciones sociales y económicas que dieron lugar a cambios culturales que, a su vez, implicaron cambios en los valores familiares. En este sentido, la nupcialidad continúa siendo de gran importancia en la determinación de la natalidad en la mayor parte de los países en desarrollo y, por el contrario, es cada vez menos importante en poblaciones donde se practica ampliamente el control natal, y en algunas sociedades no representará en un futuro próximo un marco relevante de análisis de la fecundidad.

La edad en que las mujeres de los países en desarrollo se unen en una relación matrimonial o estable está por debajo de los 20 años, aunque recientemente en varios países asiáticos (Corea, Filipinas, China, etc.), ha aumentado a más de 23 años. Se considera que este cambio ha influido en la disminución de la natalidad. En algunos países europeos, la edad

media de la mujer a su primer casamiento ha seguido incrementándose notablemente en los últimos decenios; por ejemplo, Suecia pasó de 22.5 años en 1960 a 27.6 años en 1980.

La forma en que se han transformado los matrimonios o las uniones, terminando en separaciones o divorcios, ha tenido un importante incremento en los países desarrollados en los últimos años. En Francia, por ejemplo, se ha duplicado el número de divorcios en los últimos 10 años y 25% de los matrimonios terminaron en divorcio; en los Estados Unidos el porcentaje de divorcios alcanzó 33% en el mismo periodo.

Todos estos elementos socioculturales, familiares y de organización y acceso a los programas de planificación familiar, y sus cambios en el tiempo, hacen incierto el ritmo de decrecimiento futuro de la fecundidad en los países en desarrollo; se requieren nuevas explicaciones, que pueden ser diferentes a las de los países desarrollados y que ya dieron lugar a la teoría de la transición demográfica.

Los argumentos de esta teoría son ampliamente aceptados, pero no proveen de una guía explícita que se aplique a políticas o a futuros comportamientos de sociedades específicas. La teoría no identifica qué nivel necesario de desarrollo debe ser alcanzado antes de que la fecundidad pueda reducirse o bien cómo debe mantenerse ese nivel de desarrollo para que continúe la disminución y se obtengan bajas tasas de fecundidad. Por lo tanto, no hay reglas que excluyan la posibilidad de que la fecundidad pueda reducirse aun en aquellos países que están en etapas iniciales o primarias de desarrollo. En realidad, la experiencia europea mostró que había una gran disparidad en las condiciones socioeconómicas y demográficas de varios países europeos cuando iniciaron sus periodos de declinación de la fecundidad.

### Urbanización

La población urbana mundial tuvo un crecimiento promedio anual de 2.6% de 1975 a 1980. Los países desarrollados tuvieron un crecimiento menor a 1.3%, notable si se lo compara con el de los países en desarrollo, que fue de 3.7%. Las ciudades de los países en desarrollo tuvieron ese rápido incremento debido a las altas tasas de crecimiento natural, así como a la constante migración rural-urbana. En 1980, por primera vez en la historia moderna, los países en desarrollo contaron con la mayor parte de la población urbana del mundo.

Como sabemos, la población mundial cada vez se vuelve más urbana. Para 1950, 29% vivía en áreas urbanas; esta proporción aumentó a 40% aproximadamente en 1980 y se estima que en los primeros años del siglo XXI la población urbana mundial representará un poco más de la mitad del total. Sin embargo, en los países en desarrollo seguirá teniendo pre-

ponderancia de población rural. En el año 2000, se estima en cerca de 2 900 millones de habitantes la población rural y en 1 960 millones la urbana. En el mundo en desarrollo, sólo en Latinoamérica la población urbana tiene una notable superioridad frente a la rural. África, el sur y el este de Asia son regiones que seguirán teniendo después de principios del siglo XXI más población rural que urbana.

La estructura urbana se ha modificado a consecuencia del intenso ritmo de urbanización; así, las grandes ciudades concentran una creciente proporción de la población urbana, 12% de la cual residía en ciudades de más de cuatro millones de habitantes en 1950. Para 1980 esta proporción aumentó a 16%, y se proyecta que será de por lo menos 20% para el año 2000, con 67 ciudades de más de cuatro millones de habitantes.

Asimismo, en la actualidad la mayoría de las 22 ciudades más grandes del mundo se localizan en los países en desarrollo. Las Naciones Unidas definen como megaciudad un conglomerado de más de 10 millones de habitantes, compuesto por varias unidades administrativas independientes. En 1950, Nueva York, Londres y Shanghai eran las únicas tres megaciudades en el mundo; este número aumentó a siete para 1980 y cuatro se encuentran en países en desarrollo. Para el año 2000 se estima que habrá 22 megaciudades, de las cuales la mayor será la ciudad de México, con alrededor de 25 millones de habitantes.

Existen serias dudas acerca de la capacidad de los sistemas urbanos para sostener las enormes poblaciones proyectadas. Estas ciudades tendrán que enfrentar aún más los graves problemas actuales relacionados con la energía, el empleo, la vivienda y la alimentación, así como con el deterioro del medio ambiente, entre otros.

No se preve que puedan ocurrir transformaciones sociales y económicas que aminoren el proceso de urbanización en el futuro; el temor es más bien que el proceso de urbanización se presente con la misma rapidez que en el pasado, o que se incremente en algunas regiones en desarrollo.

### Migración internacional

La migración internacional representa para algunos países una importante causa de cambio demográfico, aunque a nivel mundial constituye una pequeña proporción de la población. La evaluación de los efectos demográficos de la migración, tanto a nivel global como por países, resulta difícil, debido a que la información es incompleta y escasa y, asimismo, a la complejidad del fenómeno por las variantes que presentan los migrantes. Se distinguen al menos tres tipos de migrantes internacionales: aquéllos cuya estancia o empleo en el país receptor es legal; aquéllos cuya situación es ilegal y, por último, los refugiados.

En la actualidad, sólo un pequeño número de países cuenta con poli-

ticas que favorecen la admisión de extranjeros con el propósito de convertirlos posteriormente en ciudadanos. Dentro de ellos, son pocos los que lo hacen habitualmente: Australia, Canadá, Israel, Nueva Zelanda y Estados Unidos. Sólo Estados Unidos y recientemente Canadá han admitido una mayoría de inmigrantes provenientes de los países en desarrollo. Entre 1971 y 1980, México ocupó el segundo lugar como fuente de emigrantes a Estados Unidos, país líder en inmigración, que ocupó el séptimo lugar como país de emigración.

Los países europeos presentan una disminución en el reclutamiento de trabajadores extranjeros en los últimos 10 años. Por el contrario, los países exportadores de petróleo del suroeste asiático han incrementado el número de trabajadores de otros países, de 1.8 millones en 1975 a 2.8 en 1980.

Al sur de África la inmigración está altamente institucionalizada y se caracteriza por niveles relativamente importantes de migración. La migración ilegal indocumentada es típica de Latinoamérica y el Caribe, aunque los inmigrantes ilegales son también comunes en Europa, debido a las restricciones de admisión adoptadas desde 1973. Los principales países hacia donde se dirigen las corrientes de migrantes de América Latina son Argentina, Venezuela, Canadá y los Estados Unidos.

Los refugiados constituyen otro tipo de migración, cuya importancia se ha incrementado desde el decenio pasado, sobre todo en los países en desarrollo. Se estima que en 1981 el número de refugiados se elevó a 6.8 millones en el mundo, sin contar a los casi dos millones de palestinos. En los países desarrollados se calcula que existían en 1982 2.3 millones de refugiados, de los cuales aproximadamente la mitad residían en Estados Unidos.

#### La estructura por edad

La estructura por edad de una población está determinada por los niveles y las tendencias de la fecundidad y la mortalidad y, en algunos casos, por la inmigración y la emigración. En general, la contribución de la mortalidad ha sido menos importante en la determinación de la estructura de edades, aunque el rápido decremento de la mortalidad infantil en las décadas pasadas contribuyó a que la población en los países desarrollados fuera más joven. En los países desarrollados, sin embargo, la disminución en la mortalidad, que permite aumentar la esperanza de vida, refuerza la tendencia hacia el envejecimiento.

La edad promedio de la población mundial se estimó en 22.4 años para 1980; los países desarrollados tenían un promedio de 31.4 años, mayor que en los que se encontraban en desarrollo, donde fue de 19.8 años. La edad promedio más baja correspondió a los países africanos, con 17.3



años, y a Europa la más alta, con 33 años. Se estima que en el año 2000 habrá un aumento en la edad promedio a 26.3 años, siendo para los países desarrollados de 36, y para los países en desarrollo de 24.3 años.

La población en edad de trabajar, de 15 a 64 años, se está incrementando en forma notable en los países en desarrollo, debido especialmente a la baja de la fecundidad. En 1980 la proporción de la población en ese grupo de edades fue de 56%, y se espera que para el año 2000 sea de más de 62%. Esta tendencia pondrá a prueba la capacidad de creación de empleos de estos países, en los cuales una parte importante de la población está hoy desempleada o subempleada.

El proceso de envejecimiento seguirá ocurriendo en los países más desarrollados, incrementándose la población de más de 65 años, que en 1980 fue de 11.4%, a 13.2% en el año 2000. Para esa fecha, los países en desarrollo no tendrán cambios notables en la población de edad avanzada, aunque Latinoamérica tiene una ligera proporción mayor de esas edades que el resto de los países en desarrollo. Es posible que pasado el primer cuarto del siglo XXI, empiece a ser más notorio el envejecimiento, con porcentajes de población de 65 años y más de alrededor de 8%.

Todo esto es sólo un perfil general de la evolución que pudiera esperarse a mediano plazo de la población del mundo y de sus regiones. Ahora bien, desde hace años se ha intentado analizar las tendencias de la población y otros aspectos del desarrollo. Los determinantes de la fecundidad, la mortalidad y la migración están enmarcados en el sistema social e influenciados por percepciones colectivas y por las políticas públicas que llevan a cabo los gobiernos.

En la actualidad, una gran proporción de la población de los países en desarrollo vive bajo condiciones de extrema pobreza, sin ingreso suficiente para pagar servicios médicos básicos o alimentos de primera necesidad; incluso si mejorara el ingreso (situación poco probable), si se incrementara la producción de alimentos o si se ampliara el sistema escolar, la cantidad absoluta de necesidades insatisfechas continuaría creciendo. El producto nacional bruto (PNB) per cápita, que generalmente se usa para medir el nivel de desarrollo, es un indicador débil, ya que no toma en cuenta la distribución del ingreso, el estado de salud, el acceso a la educación y el empleo, o las diferencias en la estructura de edad de la población, entre otros elementos.

Una interpretación usual en el debate sobre población y desarrollo es que altos niveles del producto nacional bruto per cápita están asociados a una baja fecundidad y que, por el contrario, bajos niveles del PNB se hallan fuertemente relacionados con una alta fecundidad. Los hechos socio-demográficos recientes ya no apoyan esta dicotomía. Ahora hay países con un alto nivel de ingreso, en particular los países en desarrollo exportadores de petróleo, en los cuales la fecundidad ha permanecido alta, mientras que en otros, también países en desarrollo, pero con bajo nivel de ingreso

(entre los que destaca China), la fecundidad se ha reducido drásticamente. Por otro lado, se ha afirmado que una alta tasa de crecimiento de la población dificulta el incremento del PNB per cápita. Los estudios empíricos no han logrado establecer claramente la relación entre las dos variables; quizá otros factores tengan nexos más directos con el incremento del PNB que el crecimiento poblacional, y han permanecido ocultos. Existen factores, que actualmente se estudian, como una planificación efectiva, la calidad de la educación y el mejoramiento de la salud, que pueden tener un mayor efecto en el incremento del PNB per cápita que las tasas de crecimiento diferencial de la población. Por ejemplo, México, hasta principios de los años ochenta, mantuvo una tasa elevada de crecimiento económico y niveles de población altos, pero con severos costos sociales y una desigual distribución del ingreso. En fin, la correlación entre las tasas de crecimiento de la población y el ingreso per cápita durante las últimas décadas no ha sido tan fuerte como sugieren los modelos teóricos.

Las evaluaciones de los efectos adversos del rápido crecimiento de la población, hechas a partir de los años cincuenta, simplificaron y a veces sugirieron los beneficios de un menor crecimiento poblacional. El rápido crecimiento de la población, más que ser la causa central del problema, magnifica los efectos de una mala administración, de una planeación deficiente y de la escasez o mala distribución de los recursos. Pero también es cierto que, por sí mismo, un bajo crecimiento de la población no solucionará los problemas del desarrollo.

De aquí que en la actualidad el papel del crecimiento de la población sea orientado hacia una perspectiva más integral; esto es, que se reconozca la complementariedad entre los esfuerzos para reducir el crecimiento de la población y el mejoramiento de las condiciones de salud, educación, capacitación, mayor participación de la mujer y mejor distribución del ingreso, entre otros.

El mejoramiento de los niveles de salud y la educación son reconocidos como elementos integrales prioritarios en la definición del desarrollo, y es evidente la enorme influencia que tienen sobre la reducción de la fecundidad y la mortalidad. Así, la planificación familiar se ha venido considerando como parte integral de los sistemas de salud y de educación.

Por último, en los 10 o 15 años pasados, en los países en desarrollo se observó una disminución en la fecundidad, en particular en México (que después de China fue el país que más la redujo en términos relativos), debido a los esfuerzos organizados de las políticas de población y al incremento sustancial de los programas de planificación familiar. En este sentido, resulta difícil identificar separadamente el peso de los programas institucionales en población y el de las variables del desarrollo en la disminución de la fecundidad que está ocurriendo.

## Cambio demográfico y niveles de vida

**Brígida García**

Como bien se establece en los documentos preparatorios de esta reunión, la relación población-desarrollo continúa siendo motivo de intensos debates. Asimismo, no deja de ser preocupante para muchos que a pesar de haber transcurrido años de investigación, no se hayan dilucidado algunas ambigüedades centrales y, en muchos casos, se hayan más bien planteado nuevos interrogantes. Desde mi punto de vista, resulta de gran interés que muchos planteamientos que se creían superados resurjan recurrentemente. Este es el caso de la supuesta independencia de los dos elementos de la relación población-desarrollo —que gana terreno nuevamente ante el acelerado descenso de la fecundidad en varios países del Tercer Mundo, un fenómeno que no involucra cambios básicos en la condición de subdesarrollo de esos países.

Mi punto de partida en estas notas, como el de otros estudiosos del tema (por ejemplo, Miró [1984] y Francisco Alba en una exposición reciente en una mesa redonda organizada por El Colegio Nacional), es que la relación entre el cambio económico y el demográfico no es de causa-efecto inmediato. Es decir, no se puede argumentar independencia entre estos procesos sólo porque los cambios observados en fecundidad en un plazo corto no hayan sido inmediatamente precedidos, o no hayan ocurrido de manera conjunta con transformaciones relevantes en el desarrollo económico de un país determinado.

Mi objetivo en estas notas es sistematizar algunos hallazgos de la investigación sobre población y sociedad que nos permitan contextualizar las relaciones que se establecen entre economía y población. He cambiado deliberadamente la frase "población y desarrollo" por "población y sociedad" porque muchas veces el término "desarrollo" se usa de manera restringida para referirse a sus aspectos económicos. Mi intención es aportar elementos para interpretar la configuración particular que adquiere la relación entre el cambio social y el demográfico en nuestro país, la cual es significativa pero diferente a la observada en otras naciones.

### Mortalidad

Veamos de cerca en primer lugar qué ha sucedido con la mortalidad. Urzúa nos recordó, en su intervención en el Congreso Latinoamericano de Población y Desarrollo (1984), las afirmaciones de Davis y Arriaga (1969) acerca de que la mortalidad en América Latina continuaría descendiendo

debido "a los progresos médicos independientemente del mejoramiento en los niveles de vida". Urzúa sostenía que esto no ha ocurrido y que en las últimas décadas se ha frenado el descenso de la mortalidad debido precisamente a que no se han elevado sustancialmente los niveles de vida de la población.

Estos argumentos son de todos conocidos, y sólo quiero analizar la idea subyacente en ellos: en un primer momento se plantea la inexistencia de una relación entre mortalidad y niveles de vida, pero en un segundo momento se afirma su existencia, al punto que se le atribuye la responsabilidad por el freno del descenso.

Considero que debemos problematizar ambos ejes de esa argumentación, precisamente porque no aportan suficientes elementos sobre la realidad social que ha dado origen a los cambios mencionados. De partida, sostengo que debemos cuestionar la separación, que se utiliza mucho en los estudios de población entre, por un lado, los progresos médicos y, por otro, las condiciones de vida o el desarrollo económico y social de un país determinado. Una cosa es que las naciones subdesarrolladas puedan adoptar conocimientos y tecnología sanitaria a ritmos más acelerados, y tal vez de forma más barata que los países donde se produjeron, y otra es que dicha incorporación se dé de manera independiente al desarrollo, algo así como desconectada y al margen de las demás transformaciones económicas y sociales. Creo que dicha separación sólo se sostiene desde el punto de vista de la planificación del gasto público, cuando se analizan las ventajas y desventajas de las inversiones en salud comparándolas con las inversiones denominadas —considero que no del todo correctamente— como productivas. Sin embargo, desde la perspectiva conceptual es poco defendible separar la incorporación efectiva de los avances en el campo de la salud del concepto de desarrollo de un país determinado. En México la experiencia histórica nos indica que más bien tendríamos que plantear dicha incorporación como una dimensión importante del desarrollo del país a partir de los años treinta y cuarenta.

La otra parte del argumento, esto es, que la desaceleración del descenso de la mortalidad refleja una ausencia de cambios importantes en las condiciones materiales de vida, también requiere mayor elaboración. No niego que existen en la actualidad buenos intentos en esa dirección y buenas sugerencias por donde conducir la investigación futura. Una de las que yo quiero recoger en estas notas es la explotación sistemática de las estadísticas sobre causas de muerte; por muy deficientes que éstas sean, nos permiten dar un pequeño paso para profundizar en el conocimiento sobre cuánto, cómo y en qué medida las condiciones materiales de vida pueden afectar las tendencias sobre mortalidad. Sólo a manera de ilustración, incluyo algunos datos en este sentido en el cuadro 1. Allí puede observarse que algunas causas de muerte (como las enfermedades infecciosas y parasitarias), han presentado un descenso constante a partir de 1950.

CUADRO 1  
Tasas de mortalidad por causas: 1950-1970 y 1970-1980 (por 100 000)

Total		Grupo I <sup>a</sup>		Tasas de mortalidad				Grupo IV <sup>d</sup>		Grupo V <sup>e</sup>	
1950	1970	1950	1970	Grupo II <sup>b</sup>	Grupo III <sup>c</sup>	1950	1970	1950	1970	1950	1970
1572	957	848	420	28	36	100	106	92	69	501	326
- 39.1		- 50.5		Cambios porcentuales		28.6		6.0		- 25.0	
- 34.9		- 59.5		11.1		- 2.8		40.6		- 35.3	

  

Total		Grupo I <sup>a</sup>		Tasas de mortalidad				Grupo IV <sup>d</sup>		Grupo V <sup>e</sup>	
1970-1980	1970-1980	1970-1980	1970-1980	Grupo II <sup>b</sup>	Grupo III <sup>c</sup>	1970-1980	1970-1980	1970-1980	1970-1980	1970-1980	1970-1980
957	623	420	170	36	40	106	103	69	97	326	211
- 34.9		- 59.5		Cambios porcentuales		11.1		- 2.8		40.6	
- 34.9		- 59.5		11.1		- 2.8		40.6		- 35.3	

Fuente: cálculos propios basados en la información proporcionada en Pérez Astorga (en prensa).

<sup>a</sup> Enfermedades infecciosas y parasitarias, gripe, influenza, neumonía, bronquitis en menores de 5 años y otras enfermedades del aparato respiratorio.

<sup>b</sup> Cáncer.

<sup>c</sup> Lesiones vasculares que afectan al sistema nervioso central, fiebre reumática, enfermedad reumática crónica del corazón, enfermedad arterioesclerótica y degenerativa del corazón, otras enfermedades del corazón, hipertensión sin mención de enfermedad cardíaca, bronquitis en personas mayores de 5 años, enfermedad de las arterias y otras enfermedades del aparato circulatorio.

<sup>d</sup> Accidentes en vehículos automotores, todos los demás accidentes, suicidios y heridas de propia mano, homicidios.

<sup>e</sup> Comprende todas las causas no incluidas anteriormente.

Sin embargo, otras causas (como las muertes violentas), descienden hasta 1970 y luego se incrementan. Es posible que dicho incremento tenga en parte origen en cambios que se operan en los sistemas clasificatorios de las estadísticas respectivas, pero ofrece un reto importante para cuestionar esquemas muy simplificados sobre condiciones de vida y descenso de la mortalidad.

### Fecundidad

Veamos ahora el caso de la fecundidad. Quisiera recordar que también tiene muchos antecedentes este interés por dilucidar si los cambios en los niveles de vida son fundamentales para causar un descenso en esta variable, o si, por el contrario, los programas de planificación familiar pueden causarlo de manera independiente o conjuntamente con dichos cambios.

Por ejemplo, el objetivo del trabajo de Mercedes Concepción que se

incluye en el libro compilado por Urquidí y Morelos (1982) precisamente recoge ese interés. Me permito extraer de ese artículo algunas conclusiones. Revisando el caso de Corea del Sur, se concluye que "el cambio socioeconómico ha facilitado la transición de la fecundidad, y el programa de planificación familiar, reforzado por el aborto ampliamente difundido, ha expeditado el proceso" (p. 71). En cambio, de la revisión de la experiencia de América Latina hasta 1970, se concluye para el caso de nuestro continente que "hasta el decenio 1960-1970, aproximadamente, los programas de planificación de la familia no habían constituido la causa directa de los descensos de la fecundidad observados y que, por lo tanto, se debería buscar la explicación de los mismos basándose en los cambios sociales y económicos que tienen lugar dentro y fuera de los países" (p. 75). En síntesis, después de revisar lo ocurrido en 16 países (ocho en Asia y ocho en América Latina), Concepción concluye que: "mientras los descensos de fecundidad están aparentemente vinculados de alguna manera con los cambios sociales y económicos en marcha, aquéllos (esto es, los descensos de fecundidad), pueden ocurrir en ausencia de cambios de desarrollo significativos, como ocurrió en Indonesia y Tailandia" (p. 78).

Nuevamente, como en el caso de la mortalidad, se afirma que los países no tienen que desarrollarse para hacer descender su fecundidad, pero no se profundiza lo suficiente en los cambios sociales que ocurren necesariamente.

En este contexto, la política de planificación familiar es uno de los muchos fenómenos importantes que tienen que ser estudiados en profundidad. Mi punto de vista es que el descenso de la fecundidad en países como México no tiene lugar en ausencia de cambios sociales y económicos; lo que sí ciertamente se da es una configuración distinta de dichos cambios a la que tuvo lugar en los países hoy desarrollados.

Una manera de demostrar la especificidad del acontecer demográfico en los países de América Latina es la escogida por Miró (1984) en el artículo al que ya he hecho referencia. Dicha autora argumenta que puede haber una creciente homogeneización entre países al declinar la fecundidad y la mortalidad, pero que debido a la desigualdad social que nos caracteriza, en un número importante de situaciones para las cuales ofrece información tiene lugar una ampliación de la brecha entre el comportamiento de las clases más altas y las menos privilegiadas. La dificultad que presenta este planteamiento es que vuelve a otorgarle una importancia preferencial a los aspectos económicos en la explicación del comportamiento reproductivo, sin hacer la alusión necesaria a otros procesos sociales como la actuación de diversas instituciones (religiosas, políticas, de salud) que pueden rebasar las barreras de clase en su influencia sobre las normas reproductivas. Me interesa señalar la existencia de este último tipo de procesos, porque considero que en México han actuado de manera importante. Hagamos sin embargo primero una breve referencia a lo ocurrido

recientemente en el país, mediante los datos que se ofrecen en el cuadro 2.

Puede observarse en este cuadro que la distancia entre los grupos sociales que ocupan los polos opuestos de la estratificación social mexicana se ha acortado en vez de haber aumentado al descender la fecundidad. Sin embargo, aun en este caso donde el control de la reproducción humana se ha extendido con tanta rapidez, no hay por qué acudir a los insatisfactorios argumentos sobre independencia entre fenómenos sociales y poblacionales. Lo que necesitamos dilucidar es qué dimensiones de la realidad social (si las económicas, las demográficas, las políticas, las valorativas, las simbólicas, o qué particular configuración de todas ellas) son las que están actuando en el corto y el largo plazos para producir un cambio en la magnitud que hemos observado. Repasemos desde esta perspectiva las conclusiones de algunos trabajos realizados en el sector académico y el sector salud en torno al descenso de la fecundidad en México.

Es posible detectar descensos en esta variable desde antes de la implantación del programa de planificación familiar en el país, pero ese descenso se ubica entre las clases urbanas medias y altas. Asimismo, mediante la aplicación de las más variadas metodologías se comprueba que la parte más importante del descenso ocurre a partir de mediados de la década de los setenta, precisamente cuando cobra mayor auge el programa antes señalado. Sin duda alguna, dicho programa aceleró, concretó y hasta precipitó en algunos casos la demanda latente de planificar la descendencia detectada por las encuestas de fecundidad desde mediados de los años

**CUADRO 2**  
México: tasas globales de fecundidad por grupos sociales,  
1972-1976 y 1977-1981

Grupos sociales	1972-1976	1977-1981	Descenso porcentual
Trabajadores por cuenta propia no calificados	6.67	5.58	16.34
Asalariados manuales	6.52	4.84	25.76
Pequeña burguesía (trabajadores calificados por cuenta propia)	5.42	3.80	29.89
Asalariados no manuales	5.40	4.17	22.77
Asalariados con funciones directivas	4.73	4.05	14.38
Burguesía (empresarios)	3.58	3.36	6.14
-----			
Campeñinos acomodados y medios	8.31	5.40	35.02
Campeñinos pobres y semiproletarios	7.10	5.82	18.03
Asalariados agrícolas	7.52	5.16	31.38
Diferencia porcentual entre la tasa más alta y la más baja	132.1	73.0	

Fuente: tomado y adaptado de López y Tuirán (1983).

sesenta, por lo menos en algunos sectores de la población.

No obstante, mi punto de vista es que dicha demanda no responde a cambios de corto plazo, y sí a lo ocurrido en el país en los 20 o 30 años que precedieron a 1976. A lo largo de estos años tuvieron lugar cambios sociales y económicos de envergadura en todas las variables que se mencionan en las tesis "clásicas": esto es, niveles de educación, de urbanización, de crecimiento económico, de participación de la mujer en el mercado de trabajo, etc. Sin embargo, tenemos que recordar que aunque existiese la voluntad de controlar la descendencia, las alternativas existentes todavía en 1970 eran escasas. Recordemos que según la Encuesta de Fecundidad Rural, dos terceras partes de las mujeres entrevistadas ese año de 1969 nunca habían oído hablar de métodos anticonceptivos.

La situación evidentemente cambió cinco años más tarde, apoyada en un esfuerzo explícito del gobierno mexicano, del sector salud y la institución médica en general, dirigido a extender el conocimiento y uso de dichos métodos anticonceptivos desde las esferas sociales más privilegiadas económica y socialmente hacia los grupos sociales de mayores carencias. Esto puede observarse claramente en el cuadro 3, donde se muestran datos que señalan que es más importante la actuación de los sectores gubernamentales de salud en las áreas agrícolas que en las no agrícolas.

Por supuesto que la política de población no ha actuado en el vacío, pues nadie podría negar que han cambiado las normas reproductivas en el país. Repetimos que son muy importantes para la comprensión de las transformaciones en la fecundidad los cambios que se operan en las dimensiones valorativas y simbólicas, que tienen una autonomía relativa frente a los procesos económicos, pero todavía no encaminamos suficientes esfuerzos de investigación a conocer más sobre estos aspectos. Habría que recordar ahora desde esta perspectiva la importante influencia de los medios masivos de comunicación utilizados como apoyo en la toma de posición de tal vez una de las más poderosas de las instituciones del país: el Estado mexicano.

En síntesis, creo que éstas son apenas indicaciones para un camino que ya están recorriendo algunos estudiosos de la teoría social sobre fecundidad en el país. Mi propósito en estas notas, repito, se ha limitado a señalar la complejidad de la tarea que tenemos por delante y a mostrar la necesidad de situar en el contexto teórico y metodológico adecuado las relaciones que a menudo establecemos sólo entre economía y población.

### Bibliografía

- Bronfman, Mario, Elsa López y Rodolfo Tuirán (1986), "Práctica anticonceptiva y clases sociales en México: la experiencia reciente", en *Estudios Demográficos y Urbanos*, vol. 1, núm. 2, pp. 165-203.
- Concepción, Mercedes (1982), "Determinantes socioeconómicos de niveles y ten-



**CUADRO 3**  
**México: mujeres usuarias de métodos anticonceptivos por grupos**  
**sociales agrícolas y no agrícolas y lugar de obtención, 1982 (porcentajes)**

Grupos	Lugar de obtención									
	IMSS	SSA	ISSSTE	Otros gobierno	Subtotal (1)	Farmacia	Consultorio	Otros privado	Subtotal (1)	Total
Agrícolas	30.2	27.7	2.4	0.4	60.7	22.5	15.0	1.0	38.5	99.2
No agrícolas	31.6	12.5	5.4	2.0	51.5	31.9	14.4	1.2	47.5	99.0

Fuente: tomado y adaptado de Bronfman, López y Tuirán (1986).

- dencias de fecundidad en países seleccionados de desarrollo", en Urquidí y Morelos (comps.) (1982), pp. 68-78.
- Davis, Kingsley y Eduardo Arriaga (1969), "The Pattern of Mortality Change in Latin America", en *Demography*, vol. vi, núm. 3.
- López, Elsa y Rodolfo Tuirán (1983), "La fecundidad y los grupos sociales en México: nuevos datos y nuevas hipótesis", ponencia presentada al Congreso Mundial de Sociología en agosto de 1983.
- Miró, Carmen (1984), "América Latina: transición demográfica y crisis económica social y política", en *Memorias del Congreso Latinoamericano de Población y Desarrollo*, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), El Colegio de México y Programa de Investigaciones Sociales sobre Población en América Latina, (PISPAL), México, pp. 65-113.
- Pérez Astorga, Javier (en prensa), "Mortalidad por causas en México 1950-1980", en *La mortalidad en México: niveles, tendencias y determinantes*, El Colegio de México, México.
- Urquidí, Víctor y José B. Morelos (comps.) (1982), *Tendencias y políticas de población*, El Colegio de México, México.
- Urzúa, Raúl (1984), "Comentarios al documento: América Latina: transición demográfica y crisis económica, social y política", de Carmen Miró", en *Memorias del Congreso Latinoamericano de Población y Desarrollo*, UNAM, El Colegio de México y PISPAL, México, pp. 115-120.

## Consecuencias sociales del futuro crecimiento demográfico

**Francisco Alba**

En fechas recientes, sobre todo a partir de la debacle financiera, se ha hecho común afirmar que la sociedad mexicana atraviesa por una profunda crisis. Partiendo de esta premisa (que más que premisa parece ser una aceptada realidad), es muy llamativa la tentación de indagar sobre el porqué y el cómo de esta crisis, sobre su sentido y sus implicaciones. La problemática demográfica no está exenta de este tipo de preocupaciones. Así, es también frecuente toparse con análisis que reseñan las implicaciones, sociales y otras, que la crisis económica puede estar causando en el proceso de cambio demográfico y en el acomodo a largo plazo de la población. La crisis actual se ha convertido en punto de partida obligado para cualquier reflexión sobre futuras trayectorias sociales. Me voy a permitir, sin embargo, hacer dos observaciones al respecto. Sugiero, en primer término, que algunas, tal vez las más, de las fuerzas que han conducido al país a la situación presente arrancan mucho más atrás en el tiempo; son elementos ligados a un patrón de evolución y desarrollo que rindió sus frutos, pero que ha estado mostrando desde hace años, no nada más desde ahora,

desde 1982, algunas de sus consecuencias negativas o, si se prefiere, ha puesto en evidencia su inflexibilidad de responder a circunstancias cambiantes, lo que ha terminado por alterar equilibrios alcanzados en el pasado. Mi segunda observación sugiere que así como el factor demográfico ha sido uno de los elementos más estrechamente vinculados a la evolución y al estado actual de la nación, también lo será en el futuro inmediato, no obstante la acelerada disminución de la dinámica demográfica que se ha venido experimentando en los últimos 15 años. En consecuencia, una tarea inicial, antes de indagar sobre consecuencias futuras, es entender cuál ha sido la influencia en el pasado del acelerado crecimiento demográfico en la economía y sociedad mexicanas, examinando el funcionamiento de las políticas económicas y sociales frente a las tendencias demográficas del país. Creo que las perspectivas del acomodo demográfico en el futuro no son del todo independientes de las modalidades que este acomodo ha tenido en el pasado reciente.

Antes de entrar al análisis de estas vinculaciones conviene, sin embargo, aludir brevemente a la situación de las tendencias de población en México. El panorama demográfico atraviesa en la actualidad por una etapa de transición: se está pasando de un patrón demográfico de rápido y sostenido crecimiento a otro de crecimiento moderado o lento. Recorramos sucintamente esta historia. Por un lapso de aproximadamente 40 años (1940-1980) la población de México estuvo creciendo a ritmos cercanos o superiores a 3% anual; durante tres lustros de este periodo (1960-1975), el crecimiento demográfico estuvo muy cercano a 3.5%. Con este periodo de muy rápido crecimiento parece culminar la primera fase de la transición demográfica del México moderno antes de iniciarse la transformación de lo que había sido un largo patrón secular, caracterizado por una muy elevada fecundidad. Como es bien conocido, en esta fase los niveles de mortalidad se abatieron en forma rápida y generalizada, sobre todo desde los años treinta, a lo largo y ancho del país (aunque sin anular significativas diferencias al interior del mismo), en tanto que la fecundidad se mantuvo muy elevada (en ciertos casos incluso creció). La aceleración en el ritmo de crecimiento demográfico multiplicó en periodos muy breves el número de habitantes del país. En 1970 la población sumó 50.7 millones de habitantes, dos y media veces el número de 1940, que era 20.2 millones. En la actualidad, 80 millones de habitantes forman la población del país.

Ahora bien, desde el inicio de los años setenta, la fecundidad ha caído bruscamente, coincidiendo con una nueva política de población (desde 1974), uno de cuyos elementos son los programas de planificación familiar. Este cambio —un proceso aún en marcha— es el factor que se encuentra detrás de la disminución que se está produciendo en el ritmo de crecimiento anual de la población. Hay que observar, sin embargo, que aún hoy el crecimiento poblacional, estimado en 2.2% anual, supera am-

pliamente la tasa de incremento poblacional que prevalecía al iniciarse en México la transición demográfica moderna. En los años treinta, el crecimiento promedio de la población fue de 1.7 por ciento.

Me voy ahora a permitir adelantar la línea de argumentación que encierran las presentes consideraciones. Se trata de dar una respuesta a la que parece ser una interesante paradoja. En el pasado, justo cuando la población crecía más rápidamente, las consecuencias sociales (económicas y políticas) del comportamiento demográfico (situación y tendencias) no parecen haber sido "graves", ni a nivel social ni a nivel individual. Hoy, cuando se frena drásticamente el crecimiento de población, los problemas sociales parecen mayores. La solución que encuentro a esta paradoja consiste en enfatizar que "antes" (de 1970), la población encontró un acomodo razonable para sus expectativas; mientras que "ahora" (después de 1970 y hacia el futuro) resulta poco probable que el acomodo de la sociedad pueda ser, realísimamente, considerado como aceptable. (Esto podría explicar de paso lo que parece ser un hecho, que en las épocas de crisis la población busca controlar su fecundidad.)

Es ampliamente aceptado que a partir de los años cuarenta se afianzó en el país un proceso de desarrollo que tiene sus bases en una industrialización acelerada. Desde entonces, el crecimiento económico es elevado y sostenido, aunque en el aparato productivo el movimiento es desigual. El sistema político es estable, pero la participación ciudadana, magra. Aunque los programas sociales ayudan a limar ciertas aristas sociales, la herencia de una sociedad dividida (en una "república de españoles" y una "república de indios") no desaparece. Este es el contexto dentro del que transcurre la primera fase de la transición demográfica, la de la aceleración rápida y brusca del crecimiento de la población.

La experiencia de México es, desde luego, controversial. Un notable logro de la sociedad y economía mexicanas fue su capacidad para dar acomodo, a primera vista sin esfuerzo, a un inesperado y considerable aumento de población. El país parecía poseer las instituciones adecuadas para ello. Entre las diversas políticas e instituciones en vigor durante el periodo 1940-1970, algunas parecen, en retrospectiva, como particularmente determinantes del patrón de absorción demográfica que tomó forma en el país. Entre ellas se encuentra la política de reforma agraria, la de modernización agrícola, la de industrialización y la social urbana.

La intención original de la reforma agraria fue transformar las condiciones que afectaban a la mayoría de la población mexicana. El México de la Revolución era un México rural, como también lo era el de los años treinta. Incluso en 1940 dos tercios de la población activa se dedicaban a labores agrícolas y 80% de la población vivía en localidades con menos de 15 mil habitantes (70% en localidades con menos de 2 500 habitantes y 49.8% en localidades con menos de mil habitantes). Era razonable que se atendiera a esta población y que la política agraria mantuviera por

algún tiempo su vigencia. Esquemáticamente, sus principales efectos fueron: por una parte, liberar al campesinado rural y, por otra, sostener una economía campesina, permitiendo incluso el aumento de sus miembros. Aunque ejido no es sinónimo de economía campesina, en ciertas zonas del país el sistema ejidal fue un vehículo propicio, si bien no el único, para la perpetuación de esa economía. En efecto, la reforma agraria fue entonces un instrumento tanto para la expansión de la frontera agrícola como para una cierta distribución de la tierra cultivada; es decir, se tradujo en un factor político e institucional que permitió satisfacer la demanda de tierra de una creciente población rural. Este acomodo pareció aceptable, al menos por un tiempo. Sin embargo, la satisfacción de la demanda de tierra (así escuetamente) terminó por convertirse en un proceso sin fin. . . En cualquier caso, la extensión de las fronteras agrícolas no era en el México en industrialización la única opción disponible; la presión demográfica sobre la tierra encontró varias salidas o mecanismos de despresurización y de alivio.

La política de modernización agrícola abrió espacios para que los agricultores comerciantes, un grupo de población básicamente distinto al anterior, encontraran acomodo aprovechando las oportunidades de una agricultura comercial muy dinámica. Sin embargo, en el proceso también se dio acomodo a un considerable número de jornaleros que encontró empleo, tanto en forma temporal como permanente, en dicha agricultura. Esta población residía en las zonas de agricultura moderna, o en las zonas campesinas, en cuyo caso migraba temporalmente hacia las áreas de agricultura moderna. Esta simbiosis no es, por lo demás, privativa de zonas específicas; la dualidad técnico-económica en el agro mexicano se da, sólo que con diversa intensidad, a lo largo y ancho del país. Este arreglo pareció por un tiempo ser funcional al patrón de desarrollo global del país.

En otros terrenos, los de asfalto, el rápido crecimiento del sector industrial creó una amplia gama de oportunidades de empleo, lo que facilitó el acomodo de la población en las ciudades. Los habitantes urbanos (en localidades de más de 15 mil habitantes) aumentaron de 4 a 22 millones entre 1940 y 1970. En 1940 el sector agrícola daba ocupación a 3.8 millones de personas (63.3% del total) y el no agrícola a 2.2 millones (36.7%); si bien en 1970 el sector agrícola ocupaba un mayor número de personas que antes, 5.3 millones (1.5 millones más que en 1940), el sector no agrícola había más que triplicado sus efectivos, pasando de 2.2. a 7.7 millones. La escasa calificación de la mano de obra, en particular de la migrante del campo a las ciudades, no parece haber sido impedimento para ser absorbida en actividades fabriles, comerciales y de servicio. Más aún, por encima de lo anterior, la transformación urbana estaba a la vista. La expansión de las clases medias urbanas era tal vez la señal más contundente de las bondades del proceso. Desde la perspectiva del "milagro mexicano", la sociedad nacional era integradora; es decir, tenía capacidad de incorporar

a la creciente población, elevándole su nivel de vida y modernizándola.

Sin embargo, en las ciudades el dinamismo industrial no lo era todo. En el lapso de 1940 a 1970, el acomodo urbano estuvo también determinado por una amplia gama de políticas de corte social. En primer lugar, el gobierno proporcionaba servicios, aunque fueran mínimos, a casi todos los grupos urbanos: educación, salubridad, transporte y recreación. En segundo lugar, el gobierno condonaba la apertura de espacios habitacionales relativamente baratos al regularizar asentamientos irregulares en terrenos "de nadie" en las afueras de las grandes ciudades (en ocasiones fijó rentas controladas para las viviendas en mal estado del centro de la ciudad). En tercer lugar, se otorgaron subsidios para abaratar el precio de un buen número de bienes de consumo básicos, así como para regular su abasto. Si bien estos subsidios beneficiaban sin duda a todos los residentes urbanos, eran de mayor importancia, en términos proporcionales si no es que absolutos, para los habitantes de más bajo nivel en la escala social. El acomodo urbano de la población se veía así fuertemente favorecido por el sesgo urbano de la política social (como lo fue el rural por el reparto agrario).

Hasta 1970 (fecha aproximada y conveniente para hacer un corte puntual) prevalecía, entre amplios sectores de la opinión pública, la idea de que el crecimiento demográfico no era una carga para la economía; más aún, se tendía a considerar benéfico un crecimiento tal, que ampliaba el mercado interno y contaba con una abundante fuerza laboral para desarrollar ese cuerno de la abundancia que era el país. En términos generales, el patrón de acomodo socioeconómico que las políticas mencionadas permitieron a la población fue considerado como suficiente y aceptable, es decir, capaz de absorber y utilizar el crecimiento demográfico en aras del desarrollo.

En el umbral de los años setenta, sin embargo, se percibieron algunas manifestaciones de la carga impuesta a la sociedad y a la economía cuando el crecimiento de la población es muy rápido, aunque no se hayan aceptado como tales. En efecto, hacia 1970, los mecanismos de absorción en los que México se había apoyado para lograr una solución de bajo costo al problema del acomodo de su creciente población parecieron entrar en una etapa de agotamiento o de rendimientos decrecientes. En el agro, las condiciones de subsistencia de la población campesina, lejos de transformarse, se deterioraron progresivamente. Se redujo la disponibilidad de tierra para ser distribuida entre los potenciales solicitantes. La expansión de la frontera agrícola asociada a la agricultura moderna se detuvo o avanzó lentamente. El número de jornaleros agrícolas aumentó con rapidez y sus opciones laborales se redujeron en medio de inestables circunstancias económicas. En la ciudad, el avance industrial no pareció generar empleos al ritmo que éstos fueron requeridos. El engrosamiento de los marginados urbanos se volvió notorio. (La falta de empleo adecuadamente

remunerado forma ya parte de la imaginería urbana.) La ciudad dejó de ser sinónimo de modernidad —en industria o servicios—, ante la sobrevivencia y expansión de formas tradicionales e informales de actividad económica. Finalmente, el costo de las políticas sociales y de subsidios creó crecientes dificultades de presupuesto.

Vistos desde esta perspectiva, los cambios económicos y políticos posteriores a 1970 se prestan a interpretaciones poco exploradas hasta ahora. Al agotarse los múltiples mecanismos de absorción en los que el país se había apoyado para dar cabida a su creciente población, se intentó corregir el rumbo. Es decir, en el lenguaje político del momento, se buscaron alternativas al patrón de "desarrollo estabilizador". Al considerarse incongruentes las políticas y reglas de juego básicas del pasado, comparándolas con las necesidades de las nuevas estructuras sociales surgidas de las transformaciones del país, se exploraron apresuradamente diferentes estrategias de desarrollo económico y social. Desde esta perspectiva, las administraciones de 1970 a 1982 intentaron, cada una a su modo, establecer estrategias de desarrollo más sensibles a la nueva realidad social, incluidas las tendencias de población (aunque no necesariamente sus características). Recordemos que para esos años la problemática demográfica ya había sido objeto de atención y de toma de decisiones en el sector público. Incidentalmente, el involucramiento gubernamental en el terreno demográfico —la ley de población de 1974— debe contemplarse como una medida más de reordenamiento de la política de desarrollo.

La administración Echeverría optó por un nuevo estilo de desarrollo —el desarrollo compartido—, para superar las carencias del anterior. El nuevo estilo se daría mediante una participación gubernamental mayor que en el pasado en la rectoría económica y social del país, a través de una expansión del sector público y paraestatal. La administración López Portillo optó por un ambicioso y acelerado programa de modernización y crecimiento económico sustentado en los abundantes recursos provenientes de la explotación petrolera y el capital foráneo. Ambas estrategias tuvieron logros pasajeros; el país creció económicamente con rapidez en algunos años, se crearon puestos de trabajo en el sector público y en el privado y se expandieron programas sociales que permitieron seguir absorbiendo población sin detrimento de los niveles de consumo e ingreso. Sin embargo, ambas estrategias fueron de corta vida. Desde 1970 los altibajos han sustituido al crecimiento sostenido.

La administración actual inició su gestión con obligaciones más pesadas, pero con menos recursos y reducidas sus opciones de maniobra. La crisis surgida en 1982, con sus secuelas de magra creación de empleos y deterioro de niveles remunerativos y estándares de vida, es en realidad una consecuencia de las tendencias percibidas desde 1970 y de los fallidos intentos por solucionarlas. Si las pautas de crecimiento económico y acomodo demográfico después de 1940 agotaron sus potencialidades ha-

cia 1970, las nuevas pautas tampoco estuvieron a la altura. En el fondo éstas eran diferentes versiones de la misma estrategia: transformar el país mediante filtraciones de modernidad y crecimiento económico. Uno se pregunta si esta estrategia, en sus diferentes versiones, era la adecuada para las circunstancias demográficas (y, debería añadir, de ingreso, calificación y diversidad cultural), de la sociedad mexicana. Mi sospecha es que ha habido serios desajustes entre las políticas económicas y sociales seguidas y la dinámica de otras fuerzas, entre ellas la demográfica.

El esfuerzo social y político que significó el elevado y sostenido crecimiento económico entre 1940 y 1970 debe apreciarse en todo su valor; pero las circunstancias demográficas tal vez lo rebasaron, sin darle tiempo de completar la transformación del país. Una aproximación a lo anterior se obtiene observando que en los años sesenta el ritmo de crecimiento del producto es todavía sostenido y se mantiene en el rango de lo que se estima la tasa secular de crecimiento (6-7%); sin embargo, el incremento de la población en edad de trabajar (15-64 años) en los años sesenta de 6.6 millones supera en 55% al incremento de 4.3 millones de los años cincuenta. Recordemos que en los sesenta, se “descubrieron” la marginalidad, el subempleo, los campesinos sin tierra, etc. En esos años, el cambio de ritmo demográfico de los cuarenta —la primera fase de la transición demográfica— se dejó sentir en los mercados laborales. Resultaba pues adecuado cambiar de estrategia para dar acomodo a las nuevas condiciones demográficas recién descubiertas (laborales, de expectativas de consumo, de mínimos de bienestar social). Las experiencias más recientes muestran, sin embargo, que el sistema es menos flexible al cambio de lo que se cree, o bien que los cambios propuestos no han sido afortunados o adecuados en el contexto sociocultural y político-institucional del país.

Sea lo que sea, la sociedad mexicana ha entrado en una fase en la que se está produciendo una moderación en el crecimiento de su población. El haber alcanzado un cierto umbral de desarrollo socioeconómico, los programas oficiales en el campo del control natal y la recesión: todo parece conjugarse para reducir los niveles de fecundidad. Lo que no parece estar a la mano, en cambio, es una estrategia o un nuevo conjunto de políticas económicas y sociales que se constituyan en un relevo promisorio de las políticas (económicas y sociales) del periodo 1940-1970, que resultaron un esfuerzo razonablemente exitoso en materia de absorción de la población y niveles de vida.

Por algún tiempo la reflexión sobre las implicaciones del crecimiento de la población mexicana va a requerir de una buena dosis de equilibrio y balance entre las implicaciones derivadas del futuro crecimiento de la población y de las del pasado crecimiento. Los cambios experimentados en la fecundidad (de 6.7 hijos en promedio en 1970 a 4.3 en 1981) y en la tasa de crecimiento de la población (3.5% en 1970 y 2.2% en la actualidad), así como la tendencia esperada (probablemente cerca de 1% en el



año 2000) podrían interpretarse como desarrollos con significativas implicaciones para el sistema económico y social. En efecto, ciertos segmentos de la población en edad escolar dejarán de crecer durante los años ochenta y decrecerán ligeramente en los noventa. Por ejemplo, la población entre 7 y 12 años se incrementará 9.8% entre 1980 y 1985 y 1.9% entre 1985 y 1990; decrecerá 5.4% entre 1990 y 1995 y 10.9% entre 1995 y el año 2000. La oportunidad de cubrir demandas insatisfechas ante esta inflexión de las tendencias demográficas se tendrá al alcance. El ejercicio, con sus desfases correspondientes, se puede efectuar para las esferas de salud, educación y algunas otras que se relacionan en forma más o menos directa con el número de personas en las primeras edades. Sin embargo, dada la estructura por edades de la población, lo más que puede esperarse es que las adiciones netas anuales a ciertos grupos de población se mantengan constantes o ligeramente decrecientes por los próximos 15 años.

Al respecto basta observar que bajo la "hipótesis programática" aun el grupo de 15 a 19 años de edad tendrá más población en el año 2000 (10 911 729) que en 1995 (10 856 184); sólo en las edades de menos de 17 años, los efectivos correspondientes serán iguales o menores en el año 2000 que en 1995 o en años anteriores.

Basándome en esta consideración del momentum demográfico creo que las implicaciones del crecimiento demográfico que requerirán mayor atención, al menos por lo que resta del presente siglo, son las derivadas del crecimiento pasado de la población. Donde la primacía de esta perspectiva es más evidente es en el terreno del empleo. En efecto, las políticas económicas y sociales enfrentan el reto de proporcionar empleos e ingresos a una, todavía por algunos años más, rápidamente creciente fuerza de trabajo. Cada uno de los quinquenios que restan de 1985 al año 2000 experimentarán un incremento neto en la población de 15 a 64 años de aproximadamente 8 millones de personas en edad laboral; es decir 24 millones en total. Lo que significa pasar de 43 millones en 1985 a 67 millones en 2000. Si aceptamos como probable una tasa de participación en la actividad económica de esta población cercana a 60%, la magnitud de la necesidad de generar empleos se estima en la cercanía de un millón de nuevos empleos por año desde ahora hasta fines de siglo.

Para complicar las cosas, la fase actual por la que atraviesa la economía —austeridad y reordenamiento— mantiene escasamente el volumen de empleos alcanzado en el pasado (con grave deterioro de los niveles de salarios reales) y no augura en el corto y mediano plazo incrementos sustantivos en la generación de empleos ni alzas importantes en los ingresos.

A fin de tener una idea del tipo de situaciones a las que puede darse lugar, me voy a permitir citar algunos resultados de un ejercicio efectuado recientemente por Saúl Trejo. A partir de una serie de supuestos, que omitiré por el momento, Trejo estima el número de empleos que crearía la economía entre 1985 y el año 2000 dadas diferentes pautas de crecimiento

económico. Si el crecimiento es de 3% anual, se crearían en promedio 100 mil empleos anualmente; si el crecimiento es de 5%, el número medio de empleos generados está bien por debajo del medio millón. Es claro que los números no cuadran ni aun en el caso de una tasa de crecimiento económico que rebasa por lo pronto los pronósticos más optimistas.

Ciertamente existen "estrategias de sobrevivencia" por parte de la población (marginal y no marginal) a fin de enfrentar y acomodarse a las condiciones que se están gestando en la sociedad; sin embargo, esas estrategias (cualesquiera que sean) no son, en general, ni suficientes, ni deseables, ni las más adecuadas frente a las que podrían definirse como prioridades o necesidades nacionales.

Sólo a partir de la consideración de la dimensión demográfica y de cómo la economía y la sociedad interactúan frente a ella, podrá hablarse de las consecuencias sociales del crecimiento de la población. Es decir, para ser concreto, que dependerán del tipo de "cambio estructural", de "las consecuencias últimas" de la fase dinámica de la demografía mexicana. Entrar en este terreno es como entrar en arenas movedizas o, menos dramáticamente, en el ámbito de la especulación, aunque en este terreno hay caminos más firmes que otros. Me limitaré a señalar direcciones que requerirían mayores desarrollos. Creo que están surgiendo en la actualidad nuevos parámetros estructurales en el país; el capital se está volviendo caro y difícil de conseguir y el trabajo todavía más barato, en términos absolutos y relativos. De la forma en que se traduzca lo anterior en comercio y mercados —internos y externos—, dependerá el crecimiento de la economía del país y la generación de empleos e ingresos para la población. Estos cambios obligan a redefinir la inserción del país en el contexto internacional, en momentos en que éste se encuentra también en una etapa de cambios y despliegues productivos. El planteo del contexto internacional ciertamente conlleva limitantes, pero ofrece también grandes oportunidades. Insertarnos como país de clase media, imitativa de patrones externos va a resultar inalcanzable. Las realidades económicas, los recursos disponibles y las tendencias demográficas cierran este camino en el horizonte más o menos lejano. Pero aquí estoy entrando ya en caminos poco firmes. Ya que si las expectativas de llegar a ser clase media (o lo que ello significa en términos de consumo, aspiraciones, metas) se desvanecen, ¿no estaremos quitando una de las piedras clave que mantuvieron la estabilidad política y sustentaron el esfuerzo exitoso de desarrollo entre 1940 y 1970? No entraré a discutir los escenarios posibles para el país. Lo que sí me atrevo a afirmar es que si el arreglo social que hoy conocemos fracasa, la demografía no habría sido ajena a su desgaste.

Un tema que habría que manejar paralelamente al del empleo es el urbano. Creo que las pasadas administraciones, desde 1940, estaban en el camino correcto al promover la industrialización y la urbanización del país. Es éste un camino probado para generar mayor riqueza (del tipo al que

se refería Adam Smith en *La riqueza de las naciones*). La urbanización es en general efectiva en propiciar los procesos de transformación y crecimiento. En este sentido, además de ser inevitable, la urbanización resulta necesaria y deseable. Lo que no es inevitable, ni necesario, menos aún deseable, es el excesivo crecimiento y la concentración masiva de la población en unos pocos centros urbanos. La búsqueda de un acomodo urbano más balanceado tal vez vaya de la mano con soluciones a la problemática del empleo que conduzcan a niveles de vida modestos, realistas y aceptables.

## Conclusiones

### José B. Morelos

La discusión en el Seminario sobre Población y Desarrollo del Centro Tezoztlán fue de gran riqueza conceptual. Se presenta a continuación una síntesis que permita al lector apreciar el alcance de los principales puntos en debate.

En primer lugar, lo que distingue el pasado inmediato de la situación actual es la relativa ausencia de posturas ideológicas o polémicas en los planteamientos y análisis de la población y el desarrollo socioeconómico. Sin embargo, es justo reconocer que la valoración de las consecuencias demográficas del desarrollo actuó como catalizador y originó planteamientos alternativos que alentaron el debate. La controversia, al mismo tiempo que contribuye a enriquecer la comprensión de ambos fenómenos, advierte de la inconveniencia de concebir la población sólo como estímulo al desarrollo, como obstáculo al mismo, o como elemento neutro. La existencia de corrientes contrapuestas origina la aceptación de la validez de algunos planteamientos y del alcance de sus conclusiones. Pero lo que prevalece es el reconocimiento de la interacción entre el crecimiento de la población y el crecimiento económico.

No hay duda de que las contribuciones y discusiones se han visto enriquecidas por la producción de conocimientos y por el tratamiento científico de los temas. Tal fue el caso de la discusión que tuvo lugar en el seminario, y que hizo hincapié en los problemas conceptuales, metodológicos, de información y, en alguna medida, en la interdependencia entre las variables mortalidad y fecundidad, así como en la influencia que los factores externos tienen en el desarrollo futuro del país.

El grado de conocimiento que se tiene sobre el fenómeno población-desarrollo se ha ampliado, aunque a la vez el enfoque interdisciplinario.

lo ha complicado. Ello contribuye a formular nuevos interrogantes y a tratar de dar respuestas desde la perspectiva de distintas disciplinas. Así, la antropología subraya las pautas culturales, y la psicología las aptitudes en la formulación del problema demográfico. Por su parte, la sociología hace hincapié en la familia, y la economía en la producción y distribución de la riqueza, al plantear ambas su vinculación con la demografía.

Un aspecto que subyace a las conceptualizaciones teóricas y que en ocasiones presenta dificultades para su uso, es el referente a la concepción misma del desarrollo, que algunas veces refleja claras discrepancias entre los conceptos y los hechos. A este problema hay que añadir el relativo a las variables a incorporar, sobre todo cuando se elaboran modelos para el análisis de las interrelaciones y de las implicaciones demográficas en el comportamiento de las variables económicas.

Por lo demás, son importantes los problemas relativos a la especificación y verificación estadística de las relaciones funcionales entre variables, desde luego mayores en el caso de las variables económicas que en el de las demográficas. Las proyecciones demográficas (a largo plazo) para México presentan grados de error dentro de márgenes aceptables; no es el caso, sino al contrario, con las proyecciones de variables macroeconómicas.

Aunque se reconoce que el binomio población-desarrollo entraña en esencia un problema de largo plazo, no excluye el análisis de coyuntura. La situación actual de crisis señala la conveniencia de disponer de este tipo de estudios, vía modelos, a fin de analizar las interconexiones y mutuas determinaciones de variables demográficas y socioeconómicas.

Junto a los aspectos de especificación, se encuentran los problemas de información, que son mayores cuando se pretende efectuar investigaciones empíricas a nivel microeconómico y microrregional, e incluso a nivel macro, como en el caso de la asociación entre cambio demográfico y desigualdad social en los periodos 1940-1974 y 1975-1985. Para superar la ausencia de información, se tiene que recurrir a variables proxy o bien dar mayor valor a las variables para las que se dispone de información confiable.

Además de los problemas de información existe otro: el de "agregación", que surge al tratar de hacer compatibles los estudios micro con los trabajos de orientación macro, en especial cuando se trata de definir políticas y estrategias demográfico-económicas. Asociado a este aspecto debe mencionarse la relativa indefinición que existe hoy en cuanto a las estrategias macroeconómicas tendientes a modificar la realidad demográfica de los países.

En lo que respecta a los niveles de corte micro o macro, pese a los problemas teórico-metodológicos y de información, que se manifiestan más agudamente en los de tipo micro, es necesario impulsar este tipo de estudios con el objeto de enriquecer los aportes que vinculan la familia y la

clase social con el comportamiento demográfico. En esta misma perspectiva se deben alentar los trabajos microrregionales para afinar el conocimiento del comportamiento de las variables demográficas y socioeconómicas a esta escala.

Los estudios de este tipo sirven de marco de referencia a otros estudios; resultan importantes porque pueden ser utilizados para reformular hipótesis o para verificar aseveraciones insuficientemente fundamentadas.

Por otra parte, los estudios globales permiten identificar distintos tipos de "transiciones demográficas". Por ejemplo, se puede pensar en dos transiciones: una la que tuvo lugar en los países europeos y en Estados Unidos, y otra la que ocurre actualmente en México y la mayoría de los países latinoamericanos. También se puede, con esos estudios, mostrar la interdependencia entre el cambio demográfico y la desigualdad social. Una interpretación de la experiencia mexicana desde esta óptica se podría resumir diciendo que en el periodo 1940-1970 el crecimiento demográfico se dio con reducción de la desigualdad, al mismo tiempo que se dinamizó la estratificación social y aumentaron los niveles de vida de la sociedad en su conjunto. A partir de 1975, la información disponible indica que la disminución del ritmo de crecimiento demográfico está asociada a un aumento en la desigualdad social. Como se afirmó, estas consideraciones pueden tomarse como hipótesis a verificar o bien fundamentarse con información estadística para de esta manera dar respuesta satisfactoria a preguntas tales como las siguientes: en aquellos países que, como México, han tenido una mejora en los niveles de vida, ¿hasta qué punto se puede atribuir al cambio demográfico?; ¿en qué medida el crecimiento demográfico ha frenado el cambio económico y social?; ¿cómo afecta el crecimiento de la población a la distribución del ingreso?; ¿qué relación existe entre velocidades y/o ritmos de crecimiento económico y demográfico y la desigualdad social?; ¿en cuánto ha contribuido el cambio demográfico a mantener o aumentar la desigualdad social?

En los últimos años se ha evidenciado un resurgimiento de los estudios sobre la mortalidad, variable de la que se sabe menos que de la fecundidad. El enfoque epidemiológico es uno de los ejes en que se sustenta la nueva corriente de investigación en salud. Al considerar la transición demográfica a nivel global y fijar la atención en la transición epidemiológica, se pueden encontrar distintos tipos de transiciones y también regionalizaciones epidemiológicas. Parece necesario afinar el concepto de salud y profundizar en el análisis de las relaciones existentes entre planificación familiar y mejora de la salud o, dicho en forma más general, entre la reducción de la fecundidad y el mejoramiento de las condiciones de salud. Asimismo, se reconoce la necesidad de contar con estudios sobre el papel que los servicios de salud han tenido en los descensos de la mortalidad

Acerca de la interdependencia entre la economía internacional y el desarrollo, se reconoce que la primera afectará sin duda a los países en desarrollo, los que, en su mayoría, difícilmente volverán a registrar niveles de crecimiento similares a los observados hasta los años setenta. Factores como los niveles de desempleo en los Estados Unidos y en los países europeos (que son del orden de 7 y 11% de la PEA, respectivamente) y las políticas proteccionistas, trabarán el desenvolvimiento económico de los países en vías de desarrollo como México, y repercutirán en la movilidad de la mano de obra entre países.

El problema del empleo es actualmente de gran importancia, por lo que deben hacerse análisis profundos para dar preferencia a sectores que puedan crear empleo, así como estudiar las repercusiones de la nueva división internacional del trabajo. Debe estudiarse no sólo qué y cómo deben crecer los sectores, sino también cómo redefinir las estrategias de creación de empleo en cada uno de los países, en el contexto de la economía internacional.

El coloquio abrió, sin duda, la discusión a nuevas dimensiones y perspectivas, y dio pie a posibles replanteamientos que puedan llevarse a cabo en el futuro.